

RIVISTA STORICA DELL'ANTICHITÀ

DIRETTORI
GIOVANNI BRIZZI – GABRIELLA POMA

ANNO XLIV/2014

PÀTRON EDITORE
BOLOGNA 2015

INDICE

SAGGI

MANUEL TRÖSTER, <i>Cimone come benefattore panellenico e campione di concordia. Una proiezione di Plutarco?</i>	pag.	9
MARIA FEDERICA PETRACCIA, <i>Uomini e gentes nella prima metà del V secolo a.C.: Spurio Cassio</i>	»	29
LUCA SANSONE DI CAMPOBIANCO, <i>Notes on Xenophon's Vocabulary: a brief Enquiry on the Concepts of Courage and Discipline</i>	»	47
CESARE ROSSI, <i>Some Examples of the Hellenistic Surprising Knowledge: its Possible Origin from the East and its Influence on Later Arab and European Engineers</i>	»	61
MIGUEL REQUENA JIMÉNEZ, <i>Commovisti terram, et conturbasti eam (Vulg. Psalm. 60, 4). Los terremotos en la antigüedad</i>	»	85

TUCIDIDE E POLIBIO: L'ETÀ DELL'ORO NELLA STORIOGRAFIA GRECA

GIOVANNI PARMEGGIANI, <i>Anassimene di Lampsaco. Note sulla trasmissione del corpus</i>	»	109
STEFAN SCHORN, <i>Historiographie, Biographie und Enkomion. Theorie der Biographie und Historiographie bei Diodor und Polybios</i>	»	137
MATTEO ZACCARINI, <i>La battaglia all'Eurimedonte in Diodoro e Plutarco: ricezione, modello e frammenti 'cumulativi' di storiografia di IV secolo</i>	»	165
PIETRO MARIA LIUZZO, <i>Eforo, Teopompo e FGrHist 104</i>	»	185

NOTE E DISCUSSIONI

- PAOLO LEPORE, *Gli homines militares fattori di 'deformazione' dell'assetto repubblicano* pag. 225
- BEATRICE GIROTTI, *L'ambiguità del culto di Augusto tra fonti letterarie ed epigrafiche: un contributo dagli autori tardoantichi?* » 237
- GIACOMO MANGANARO, *Ricercatori di tesori nel mondo romano: a proposito di epigrammi di Gregorio di Nazianzo* » 247

RECENSIONI

- PHILIPPE AKAR, *Concordia. Un idéal de la classe dirigeante romaine à la fin de la République*, Publications de la Sorbonne, Paris 2013 (Gabriella Poma) » 259
- A. F. CABALLOS RUFINO (ed.), *Del municipio a la corte - La renovación de las elites romanas*, Universidad de Sevilla ed., Sevilla 2012, (Serena Zoia) » 261
- ENRIQUE MELCHOR GIL, ANTONIO D. PÉREZ ZURITA, JUAN FCO. RODRÍGUEZ NEILA (eds.), *Senados municipales y decuriones en el Occidente Romano*, Sevilla 2013 (Gabriella Poma) » 263

MIGUEL REQUENA JIMÉNEZ

COMMOVISTI TERRAM, ET CONTURBASTI EAM
(VULG. PSALM. 60, 4)
LOS TERREMOTOS EN LA ANTIGÜEDAD

Abstract

Facing the traditional assessment of earthquakes as the highest expression of divine wrath against human beings, an image especially used since the Middle Ages, the detailed analysis of a series of testimonies collected by Greek and Latin authors let us verify that in Antiquity earthquakes were regarded as an expressing of arrival of a divine power, usually from the inner part of the earth. It was a manifestation of the gods faced with human beings from which could derive both positive and negative consequences, but it was always afraid possibility that a divinity gave up its stay among human beings and, therefore, failed to protect them.

Keywords: earthquakes, antiquity, gods, wrath, epiphany.

Introducción

Frente a la valoración tradicional de los terremotos como la máxima expresión de la cólera divina hacia los hombres – imagen especialmente utilizada desde la Edad Media –, el análisis detallado de toda una serie de testimonios recogidos por los autores grecolatinos, nos permitirá comprobar que durante la Antigüedad los terremotos fueron valorados como expresión de la llegada, generalmente desde el interior de la tierra, de una potencia divina. Una manifestación de los dioses ante los hombres de la que podían derivarse tanto consecuencias positivas como negativas, pero que era siempre temida ante la posibilidad de que el dios abandonara definitivamente su estancia entre los hombres y, por tanto, dejara de protegerlos.

* * *

Al principio del libro sexto de sus *Cuestiones Naturales*, Séneca expresa el

inmenso e inevitable poder destructor de los terremotos en los siguientes términos:

Quid enim cuiquam satis tutum uideri potest, si mundus ipse concutitur et partes eius solidissimae labant? Si quod unum immobile est in illo fixumque, ut cuncta in se intenta sustineat, fluctuatur; si quod proprium habet terra perdidit, stare, ubi tandem resident metus nostri? Quod corpora receptaculum inuenient, quo sollicita confugient, si ab imo metus nascitur et funditus trahitur? Consternatio omnium est, ubi tecta crepuerunt et ruina signum dedit. Tunc praeceps quisque se proripit et penates suos deserit ac se publico credit. Quam latebram prospicimus, quod auxilium, si orbis ipse ruinas agitat, si hoc quod nos tuetur ac sustinet, supra quod urbes sitae sunt, quod fundamentum quidam orbis esse dixerunt, discedit ac titubat? Quid tibi esse non dico auxilii sed solacii potest, ubi timor fugam perdidit? Quid est, inquam, satis munitum, quid ad tutelam alterius ac sui firmum? Hostem muro repellam, et praeruptae altitudinis castella uel magnos exercitus difficultate aditus morabuntur; a tempestate nos uindicat portus; nimborum uim effusam et sine fine cadentes aquas tecta propellunt; fugientes non sequitur incendium; aduersus tonitruum et minas caeli subterraneae domus et defossi in altum specus remedia sunt – ignis ille caelestis non transuerberat terram, sed exiguo eius obiectu retunditur –; in pestilentia mutare sedes licet; nullum malum sine effugio est; numquam fulmina populos perusserunt; pestilens caelum exhausit urbes, non abstulit. Hoc malum latissime patet ineuitabile, auidum, publice noxium. Non enim domos solum aut familias aut urbes singulas haurit; gentes totas regionesque submergit, et modo ruinis operit, modo in altam uoraginem condit, ac ne id quidem relinquit ex quo appareat quod non est saltem fuisse, sed supra nobilissimas urbes sine ullo uestigio prioris habitus solum extenditur (SEN. Nat. VI 1, 4-7).

En efecto, pocos fenómenos naturales resultan tan impresionantes y apocalípticos para el hombre como los movimientos de tierra. Su inmensa capacidad destructiva, con testimonios como el de Séneca, al que podemos sumar la referencia de Plinio sobre el terremoto que en tiempos de Tiberio arrasó en una sola noche doce ciudades de Asia (Plin. *HN*. II, 200), o el de Julio Capitolino al afirmar que en época del emperador Gordiano se produjo un terremoto de tal violencia que ciudades enteras fueron tragadas por la tierra (SHA. *Gord.* 26, 1); el elevadísimo número de víctimas humanas que suele provocar; así como los no menos extraordinarios fenómenos que frecuentemente acompañan un seísmo, véase maremotos, erupciones volcánicas, grietas en la tierra, crujidos, etc., provocaron que desde el origen de los tiempos, los terremotos conmovieran a los humanos como ningún otro fenómeno natural. No resulta extraño, por tanto, que las sociedades antiguas percibieran los terremotos como la más evidente expresión de la inmensa potencia divina¹.

¹ W. CAPELLE, *Erdbebenforschung*, *PW*, Suppl. IV, 1924, coll. 334-374; A. HERMANN, *Erdbeben*, *RAC*, V, 1962, coll. 1070-1113.

Terremotos versus ira divina

Pero además, la repetida asociación entre terremotos y formidables desgracias propició que desde una perspectiva mágico-religiosa², los movimientos sísmicos fueran frecuentemente valorados como fenómenos sobrenaturales que mostraban la cólera divina hacia los hombres por algún tipo de transgresión ritual o religiosa. Una idea presente en numerosas citas de autores grecolatinos.

Cuenta Pausanias (VII, 24, 6) que a consecuencia de que los aqueos sacaran y dieran muerte a unos suplicantes del santuario de Poseidón Heliconio, no se demoró la cólera del dios – τὸ μῆνιμα ἐκ τοῦ Ποσειδῶνος –, e inmediatamente un seísmo destruyó la región. Una historia similar narra Tucídides (I, 128, 1) al afirmar que los lacedemonios creían que el gran terremoto que sufrió Esparta en el año 464 a.C., fue causado por el asesinato de unos hilotas que se habían acogido como suplicantes al santuario de Poseidón en el Ténaro. Señala Dión Casio que ante los prodigios acontecidos en el año 57 a.C., – un templo de Hera situado en el Monte Albano y orientado hacia el este se giró hacia el norte, un resplandor nacido en el sur corrió hacia septentrión, un lobo penetró en la ciudad, tuvo lugar un terremoto, algunos ciudadanos murieron fulminados y en territorio latino se oyó un estruendo procedente del interior de la tierra –, los adivinos, afirmaron que algún espíritu divino estaba encolerizado con ellos por habitar determinados lugares consagrados o recintos reservados a usos sacros: καὶ αὐτὰ οἱ μάντις ἀκέσασθαι ἐθελήσαντες ὀργίζεσθαι σφισι δαιμόνιόν τι ὡς καὶ ἱερῶν τιῶν ἢ χωρίων οὐχ ὁσίων ἐποικουμένων ἔφασαν (D.C. XXXIX, 20. 1).

La popularidad de esta valoración mágico-religiosa frente a aquellos que buscaban el origen de los terremotos en causas naturales, mueve a Séneca a negar que fuera la ira de los dioses la que provoca los seísmos: *illud quoque proderit praesumere animo nihil horum deos facere nec ira numinum aut caelum conuerti aut terram, suas ista causas habent nec ex imperio saeuunt sed quibusdam uitiiis, ut corpora nostra turbantur, et tunc, cum facere uidentur iniuriam accipiunt* (SEN. Nat., VI 3, 1). E incluso el cristiano Tertuliano recuerda que no sólo en razón de sus beneficios se cree en la divinidad de los elementos, sino también en razón de cosas diversas que suelen acontecer como si procedieran de su ira y desagrado. Entre ellas los rayos, el granizo, los calores, los aires malsanos, los diluvios y también los volcanes y terremotos.

² El mundo antiguo también valoró los terremotos desde una perspectiva ‘científico-naturalista’, al respecto *vid.* E. OESER, *Historical earthquake theories from Aristotle to Kant*, «Abhandlungen der Geologischen Bundesanstalt», 48, 1992, pp. 11-31; C. MACÍAS VILLALOBOS, *Los terremotos a la luz de la ciencia antigua: el testimonio de Apuleyo*, *Mund. 18.* 329-332, «Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos», 31, 2011, pp. 37-67.

Nec tantum beneficiis fidem diuinitatis elementis conuenire, sed etiam de diuersis quae tamquam de ira et offensa eorum incidere soleant, ut fulmina, ut grandines, ut ardores, ut aerae pestilentes, item diluuii, item hiatus motusque terrarum; et iure credi deos, quorum natura honoranda sit in secundis, metuenda sit in aduersis, domina scilicet iuuandi et nocendi (TERT. Nat., II 5, 6-7).

Si bien esta valoración de los terremotos como expresión de la cólera divina no representa, como comprobaremos posteriormente, la única ni la más generalizada de las líneas de interpretación mágico-religiosa de este fenómeno natural en época antigua, sí fue la que mayor éxito tuvo en épocas posteriores³.

Al margen de su utilización en la controversia entre historiadores paganos y cristianos de finales de época romana⁴, los seísmos como manifestación de la ira divina se insertaron perfectamente en el contexto de miedo apocalíptico que vivió toda la Edad Media. Un ambiente que favoreció el desarrollo de los conocidos como *signa iudicii*, signos que anunciaban la llegada del Anticristo y el Juicio Final, momento en el que Dios juzgaría y castigaría a los hombres culpables.

Tomando como referente el *Apocalipsis* de San Juan, donde se afirma que la apertura del 'sexto sello' vendrá acompañada por un terremoto, se popularizó la idea de que los seísmos eran un claro indicio del fin de los tiempos, con la consiguiente llegada del Anticristo y el Juicio Final⁵. Momento en el que se manifestaría la ira divina: *dies magnus irae* (Vulg. *Apoc.* VI 12-17). Así, en su *De Natura Rerum*, y tras exponer las causas físicas que ocasionan los terremotos, San Isidoro de Sevilla afirma que el terremoto es figura del Juicio en que los pecadores y hombres terrenos sacudidos por el espíritu de la boca de Dios han de verse perturbados: *Terrae autem motio pertinet ad iudicium, quando peccatores et terreni homines spiritu oris Dei concussi commovebuntur* (ISID. Nat. 46. 3).

³ E. FEHRLE, *Erdbeben, HdA (Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens)* II, 1928/1930, coll. 890-892, esp., 891: *in christlicher Zeit denkt sich das Volk ein E. als Strafe Gottes für die Sünden der Menschen*. Para el cristianismo los terremotos son manifestaciones de la ira de Dios, vid. A. HERMANN, *Erdbeben, RAC*, V, 1962, coll. 1096-1098. G. TRAINA, *Terremoti e società romana: problemi di mentalità e uso delle informazioni*, «Annali della Scuola Normale superiore di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia, serie III», 15, 3, 1985, pp. 867-887: 'la nuova immagine del terremoto si affiancava all'interpretazione che ne davano molti scrittori cristiani. Il terremoto come castigo divino raccoglie e ripropone la concezione pagana del sisma come prodigio, ma in modo più circoscritto'. C. MARMO, *La teoria del terremoto da Isidoro di Siviglia alla rinascita carolingia*, en *I Terremoti prima del Mille in Italia e nell'area mediterranea*, (E. GUIDOBONI, ed.), Bologna 1989, pp. 323-329, concluye afirmando: 'È questa, in definitiva, l'unica chiave di lettura disponibile allo storico altomedievale di fronte all'irruzione del terremoto nella storia umana; il castigo divino'.

⁴ M. HENRY, *Le témoignage de Libanius et les phénomènes sismiques du IVe siècle de notre ère: essai d'interprétation*, «Phoenix», 39, 1985, pp. 36-61.

⁵ E. GUIDOBONI, *Il terremoto rappresentato: il drago, gli Atlanti e il sesto sigillo dell'Apocalisse*, en *I Terremoti prima del Mille*, cit., pp. 335-344.

Quedaba afianzada la valoración cristiana de los terremotos como expresión de la ira divina. Una idea ávidamente explotada por las crónicas y predicadores medievales en su afán por mostrar el poder divino ante el descarrío y corrupción de los hombres.

Entre otro autores podemos citar a Juan Malalas (491-578 d.C.), quien recuerda que a causa de la ira divina – θεομηνία – fueron destruidas ciudades como Rodas (MAL. 406), Anazarbo, en Cilicia (MAL. 418), Antioquía (MAL. 419-20), Amasea (MAL. 448. 3), Pompeiopolis de Misia (Mal. 436-437), etc. La *Crónica Miscellanea Siriaca* del 724 describe un terrible terremoto en Antioquía causado por la cólera de Dios (*Cron. Miscell. sir. 724, Chron. min. II, pp. 139-40*). Teófanos el Confesor (760-818 d.C.) menciona en su crónica la destrucción de numerosas ciudades a causa de la ira divina – θεομηνία –. Especialmente ilustrativa resulta la descripción del terremoto de Antioquía el 29 de noviembre del 528. Nuestro autor afirma que murieron 4870 personas y que los supervivientes rogaron descalzos, llorando y echándose al suelo sobre la nieve, al tiempo que gritaban ‘señor piedad’. Entonces apareció un hombre piadoso que les dijo que escribieran sobre la parte superior de su puerta: ‘Cristo con nosotros. Deteneros’. Hecho esto, se calmó la cólera de Dios: ἡ ὄργη τοῦ θεοῦ (THEOPH. 177. 22-178.7).

Igualmente autores como Pedro Damiano en su opúsculo *De novissimis et Antichristo* (s. XI), Pedro Comestor, *Historia Scholastica*, (s. XII), Gonzalo de Berceo *Signos que apareçeran ante del juiçio* (s. XIII), Alain de Lille, *Liber Sententiarum ac Dictorum memorabilium*, (s. XIII), Tomas de Aquino en su *Summa Theologica* (s. XIII), Bonvesin de la Riva en su *De quindecim miraculis que debent apparere ante diem iudicii* (s. XIII), Japone da Todi en su *Giudizio Universale* (s. XIII) etc., mencionan los terremotos entre los 15 signos – *quindecim signa iudicii* – que anunciaban el fin de los tiempos.

Como ha señalado J. Guadalajara en su estudio sobre las profecías del Anticristo, ‘contribuyó de manera eficaz a la propagación de la ‘ideología apocalíptica’ durante la Edad Media la actividad desarrollada por los visionarios clérigos o laicos, a través de la predicación. Fue este un medio idóneo para hacer llegar a las masas una parte de toda aquella literatura encerrada en los viejos manuscritos y códices, inaccesibles a la mayoría de la analfabeta población medieval, y un modo de preparar también las nuevas ideas que iban surgiendo al calor de los acontecimientos o al compás de las ensoñaciones fantásticas de profetas inspirados. Los predicadores del apocalipsis inundaron de palabras y sueños, de terrores y esperanzas, las conciencias de sus contemporáneos y se hicieron seguir por multitudes que creían (o querían creer) en su teórica elocuente y, a veces, en sus aureola de divinidad’⁶.

⁶ J. GUADALAJARA MEDINA, *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, Madrid 1996, pp. 172-179.

En este contexto apocalíptico y de lucha entre el bien y el mal que vivió la Edad Media debemos situar una de las primeras representaciones de un terremoto. Se trata de un fragmento de los *Anales de Ravena* del Bajo Imperio, copia que podemos datar entre los siglos X-XI de un original del siglo VI (MERSEBURG, *Archiv und Bibliothek des Domstifts*, ms. 202). En él, y junto a las noticias de dos terremotos acontecidos en el siglo V, aparecen sendas ilustraciones iguales en las que se adivina el busto de un hombre con la mitad izquierda envuelta en un manto y elevando la mano derecha abierta hacia la figura de un monstruo, que con cuerpo anguiforme y cubierto de escamas dirige su cabeza de dragón lanzando fuego o viento hacia la figura humana (figura 1)⁷, imagen que recuerda uno de los fragmentos del *Apocalipsis* de San Juan en el que se describe al Anticristo como una Bestia con forma de Dragón que surge del mar y de la tierra (VULG. *Apoc.* XIII 1-13).

Frente a la Bestia, San Juan sitúa a Jesús sobre el monte Sión y junto a él a su ejército de ciento cuarenta y cuatro mil efectivos, con el nombre de Jesús y el de su padre escrito en la frente (VULG. *Apoc.* XIV 1-3). Posteriormente volveremos sobre la relación entre los terremotos y la salida desde el interior de la tierra o del mar de un ser o potencia divina.

La religiosidad popular durante la Edad Moderna continuó valorando los terremotos como el resultado de la ira divina. En una carta pastoral dirigida al clero y pueblo de su diócesis con motivo del terremoto que asoló Lisboa en 1755, el Arzobispo de Méjico afirma ‘que este ha sido un Azote de su divina Justicia, cansada de tolerar la dureza y obstinación de nuestros corazones, debemos llenos de espanto y de temor, implorar su clemencia y su misericordia por el único camino que es el de la Penitencia, y la reforma de nuestros vicios y costumbres, principalmente aquellos que más irritan su divina paciencia’⁸.

También las crónicas contemporáneas al terremoto que afectó en 1748 al antiguo Reino de Valencia, expresan claramente la consideración de los seísmos como manifestaciones de la cólera divina⁹. Así, entre los muchos documentos al respecto podemos mencionar la cita de Vicente Ximeno, quien en su *Relación verdadera de los terremotos padecidos en el Reyno de Valencia desde el día 23 de Marzo del año 1748 y de las Rogativas que se hacen en la ciudad de Valencia y en otras partes del*

⁷ B. BISCHOFF y W. KOEHLER, *Eine illustrierte Ausgabe der spätantiken Ravenater Annalen*, en *Medieval Studies in Memory of A. Kingsley Porter*, I, Cambridge 1939, pp. 125-138.

⁸ *Carta pastoral que el ilustrísimo señor Don Manuel Rubio Salinas Arzobispo de Mexico dirige al clero y pueblo de su Diócesis con motivo de las noticias que últimamente se han recibido de España, del Temblor de Tierra que en el día 1 de noviembre del año próximo pasado de 1755 se sintió con lamentables estragos en todo aquel Reyno*. Mexico, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1756, p. 15.

⁹ A. FAUS PRIETO, *Los terremotos de 1748 en el Antiguo Reino de València. Documentos de base y notas para su estudio*, «Cuadernos de Geografía», 45, 1989, pp. 35-50.



Fig. 1. Merseburg, *Archiv und Bibliothek des Domstifts*, ms. 202. Procede de E. GUIDOBONI, *Il terremoto rappresentato: il drago, gli Atlanti e il sesto sigillo dell'Apocalisse*, en *I Terremoti prima del Mille in Italia e nell'area mediterranea*, (E. Guidoboni, ed.), Bologna 1989, pp. 335-344.

Reyno, á Dios Nuestro Señor, para que aplaque su ira y cesse este castigo, publicado en Valencia el mismo año del terremoto, afirmaba que los sismos eran el 'espantoso castigo que suele Dios enviar al Mundo por los pecados de los hombres (...) los cuales no suceden puramente por causas naturales'. Dicha consideración no solo favoreció ciertas decisiones de carácter institucional como la organización de rogativas, procesiones y fiestas votivas, sino que además se procedió a la búsqueda de 'abogados contra los seísmos'. De ahí la popularidad de santos como San Felipe

Neri, La Virgen de la Seo de Xàtiva, San Vicente Mártir, San Vicente Ferrer, San Mauro Romano, San Pedro Pascual o San Francisco de Borja, entre otros muchos. Además, consecuencia directa de los temblores fue la prohibición de las representaciones teatrales en Valencia, objetivo perseguido tenazmente por el Arzobispo Andrés Mayoral y sancionado posteriormente por el propio monarca, a fin de '(...)' evitar por todos los medios posibles el desagrado de su Magestad Divina (...)'¹⁰.

Los ilustrados del siglo XVIII criticaron ferozmente la consideración de los terremotos como expresión de la cólera de Dios¹¹. Así por ejemplo, Voltaire en su *Poema sobre el desastre de Lisboa*, dedicado al terremoto de la capital lusa acaecido el 1 de noviembre de 1755, y que provocó más de 60.000 muertos, afirma:

Poème sur le désastre de Lisbonne (1756)

Ô malheureux mortels ! ô terre déplorable !
 Ô de tous les mortels assemblage effroyable !
 D'inutiles douleurs éternel entretien !
 Philosophes trompés qui criez: «Tout est bien»,
 Accourez, contemplez ces ruines affreuses,
 Ces débris, ces lambeaux, ces cendres malheureuses,
 Ces femmes, ces enfants l'un sur l'autre entassés,
 Sous ces marbres rompus ces membres dispersés;
 Cent mille infortunés que la terre dévore,
 Qui, sanglants, déchirés, et palpitants encore,
 Enterrés sous leurs toits, terminent sans secours
 Dans l'horreur des tourments leurs lamentables jours!
 Aux cris demi-formés de leurs voix expirantes,
 Au spectacle effrayant de leurs cendres fumantes,
 Direz-vous: «C'est l'effet des éternelles lois
 Qui d'un Dieu libre et bon nécessitent le choix»?
 Direz-vous, en voyant cet amas de victimes:
 «Dieu s'est vengé, leur mort est le prix de leurs crimes»?
 Quel crime, quelle faute ont commis ces enfants
 Sur le sein maternel écrasés et sanglants?
 Lisbonne, qui n'est plus, eut-elle plus de vices
 Que Londres, que Paris, plongés dans les délices ?
 Lisbonne est abîmée, et l'on danse à Paris.

¹⁰ *Archivo Histórico Municipal de Valencia: Libro de Instrumentos del año 1748*, fols 170-171. A. FAUS PRIETO, *Los terremotos*, cit., pp. 3-7.

¹¹ También Kant cuestionó la valoración de los terremotos como un castigo divino, *vid.* M. HERNÁNDEZ MARCOS, *Un texto de Immanuel Kant sobre las causas de los terremotos (1756)*, «Cuadernos Dieciochistas», 6, 2005, pp. 215-224.

Tranquilles spectateurs, intrépides esprits,
 De vos frères mourants contemplant les naufrages,
 Vous recherchez en paix les causes des orages:
 Mais du sort ennemi quand vous sentez les coups,
 Devenus plus humains, vous pleurez comme nous.
 Croyez-moi, quand la terre entrouvre ses abîmes
 Ma plainte est innocente et mes cris légitimes.

Sin embargo y a pesar de que hoy en día la ciencia ha demostrado y divulgado el origen físico de los terremotos, todavía pervive en el subconsciente colectivo popular la idea de que este fenómeno natural es una demostración de la cólera de Dios. Resulta significativo, por ejemplo, que tras los dramáticos acontecimientos del pasado 11 de marzo de 2011 en Japón, el gobernador de Tokio, Hintero Ishihara de 78 años, declaró que el terremoto fue ‘un castigo divino’ para lavar ‘el egoísmo de los japoneses’¹².

* * *

La publicación en 1963 del estudio de R. Bloch sobre los prodigios en la Antigüedad, consolidó y generalizó entre los investigadores del siglo XX la opinión de que también las sociedades antiguas valoraron los seísmos como un claro signo de la ira divina. En efecto, para Bloch todo prodigio, categoría en la que se incluían los fenómenos sísmicos, era un signo divino que avisaba a los hombres de que la relación con los dioses – lo que se conoce como la *pax deorum* – se había roto¹³. Pero junto a esta idea de revelación, de advertencia, el prodigio implicaba una amenaza próxima. Los prodigios eran el signo que mostraba la ira divina hacia los hombres como consecuencia de que éstos habían cometido alguna acción, equívoco u olvido reprobado por los dioses. Afirma Bloch, que los prodigios son ‘un signo terrorífico de la cólera de los dioses que suscita en el hombre un sentimiento de horror, un temblor que lo invade ante la intervención tangible de las fuerzas divinas’¹⁴. El temblor de tierra constituía para los griegos uno de los prodigios más impresionantes, ‘expresión de la cólera de Poseidón’¹⁵.

Se sentaban así las bases de lo que ha sido la *communis opinio* entre los autores modernos a la hora de abordar la cuestión de los seísmos. Hoy en día resulta habi-

¹² <http://www.26noticias.com.ar/para-el-gobernador-de-tokio-el-sismo-fue-un-castigo-divino-128486.html>.

¹³ R. BLOCH, *Los prodigios en la antigüedad clásica*, Buenos Aires 1968 (Paris 1963), p. 10.

¹⁴ R. BLOCH, *Los prodigios*, cit., p. 106.

¹⁵ R. BLOCH, *Los prodigios*, cit., p. 32.

tual leer en la mayoría de obras de referencia la afirmación de que para la población griega y romana los terremotos eran una señal de la ira divina¹⁶.

Terremotos versus providencia divina

Ahora bien, a pesar de los ejemplos y del recorrido antes esbozado, resulta en mi opinión inexacto reducir la valoración de los seísmos en la Antigüedad exclusivamente a una simple expresión de ira o cólera divina. Por el contrario, nos encontramos ante un fenómeno natural que incluso hasta bien entrada la Edad Media presenta una exégesis mucho más compleja.

En efecto, frente a los testimonios arriba indicados, los autores antiguos también proporcionan numerosas referencias en las que los movimientos sísmicos no aparecen asociados a la ira de los dioses, sino, por el contrario, a la ayuda y protección divina.

Según Pausanias, cuando en el 280 a.C. los gálatas invadieron Grecia, los dioses ayudaron a su pueblo con toda una serie de fenómenos naturales entre los que no faltaron los terremotos. Afirma nuestro autor que en el momento en el que los griegos reunidos en Delfos se opusieron a Breno, todo el suelo que ocupaba el ejército de los gálatas tembló de forma violenta al tiempo que se producían continuos truenos y relámpagos. Coincidiendo con estos fenómenos aparecieron algunos fantasmas de héroes como los de Hipérocó, Laódoco, Pirro y Fílaco, héroe local de Delfos (PAUS. X 23, 1-2).

Heródoto señala que poco antes de la batalla de Salamina, al salir el sol, se produjo un seísmo acompañado de un maremoto, por lo que los griegos decidieron elevar preces a los dioses e invocar la ayuda de los Eácidas. Solicitaron, desde la propia Salamina, el auxilio de Áyax y de Telamón, al tiempo que enviaban un navío a Egina para que trajese a Éaco y a los demás Eácidas (HDT. VIII 64).

En ambos relatos el terremoto aparece asociado a la presencia entre los griegos de los más destacados héroes locales. Pausanias menciona a Hipérocó, Laódoco, Pirro y Filaco. Según Heródoto tras el terremoto se solicitó la ayuda de los Eácidas. Podemos imaginar que estos héroes emergieron de la profundidad de la tierra donde se encontraban desde su muerte. El origen ctónico de la ayuda a los griegos es confirmada por el propio Heródoto, cuando afirma que a este episo-

¹⁶ H. POPP, *Die Einwirkung von Vorzeichen, Opfern und Festen auf die Kriegführung der Griechen im 5 und 4 Jahrhundert v. Chr.*, Würzburg 1957, pp. 13-18; H. LE BONNIEC, *Le culte de Cérès a Rome. Des origines à la fin de la République*, Paris 1958, p. 88; J.M. CORTÉS COPETE, *Ciudad y terremotos*, en *Ritual y conciencia cívica en el Mundo Antiguo*, (J. ALVAR, C. BLÁNQUEZ, C.G. WAGNER, eds.) Madrid 1995, pp. 171-177, esp. p. 172; C. MACÍAS VILLALOBOS, *Los terremotos*, cit., p. 43.

dio le sucedió un prodigio favorable a los helenos y es que desde Eleusis se vio avanzar una polvareda, como si la causasen poco más o menos unos treinta mil hombres, acompañada por un griterío que recordaba el grito ritual que, en honor de Yaco, se entona en los misterios de Eleusis (HDT. VIII 65, 1-4). Posteriormente volveremos a plantear la relación de los movimientos sísmicos con los héroes locales y las divinidades agrarias o ctónicas.

Flavio Josefo describe con satisfacción el auxilio prestado por Yavé a los hebreos en un momento crítico de su guerra contra los filisteos. El historiador judío señala cómo cuando Samuel realizaba un sacrificio para solicitar la ayuda divina, se produjo un terremoto que otorgó la victoria a los hebreos (*J. AJ.*, VI 26-27).

La hagiografía cristiana proporciona también testimonios en los que los seísmos fueron un recurso divino para proteger a su comunidad, e incluso manifestarse ante los hombres. Entre otros ejemplos podemos mencionar la historia de los cristianos Pablo y Silas. Según los *Hechos de los Apóstoles*, ambos Santos fueron encarcelados en Filipos por los romanos y, tras alabar a Dios, liberados por un terremoto que conmovió los cimientos y abrió las puertas de la cárcel (VULG. *Act.* 16, 25-26). Las *Acta Sanctorum* recogen numerosos episodios en los que la oración de los cristianos invocando a Dios, fue acompañada por un terremoto que bien los libera de la cárcel o el martirio, o bien acaba con los ídolos y los malvados paganos¹⁷. Así por ejemplo, un terremoto en Catania liberó a Santa Ágata del suplicio (*AS.* Feb. I 5, p. 623). En la hagiografía de Santa Ágata Virgen, Santiago de la VoráGINE relata que cuando por orden del gobernador Quintiano, Santa Ágata estaba siendo torturada, se produjo un espantoso terremoto que hizo temblar la ciudad de Catania, derrumbó el palacio consular y mato a dos consejeros del cónsul. La atemorizada población de la ciudad inició un motín contra Quintiano, a quién responsabilizaban de la calamidad sufrida por su enañamiento con Ágata.

Terremotos versus Teofanía

La aparente contradicción que desde nuestra mentalidad supone la existencia de testimonios en los que el movimiento de tierra aparece asociado tanto a la ira divina, como a la voluntad de los dioses por proteger a una comunidad, no resultaría tal si planteamos que para las sociedades antiguas los seísmos no son el resultado de la cólera o providencia divina, como tradicionalmente se ha creído, sino la consecuencia de una acción previa a esas fines: es decir, los terremotos,

¹⁷ E. GUIDOBONI y C. MARMO, *Impossibili o probabili? I terremoti nelle fonti agiografiche, in I Terremoti prima del Mille*, cit., pp. 330-334.

como espero demostrar en las siguientes páginas, son simplemente la manifestación de la presencia de los dioses ante los hombres.

Como ya han destacado otros estudiosos, numerosos testimonios asocian claramente los movimientos sísmicos con la llegada, generalmente desde el interior de la tierra o del mar, de una divinidad o héroe¹⁸.

Homero en la *Iliada* afirma que las zancadas de Poseidón hacían temblar los montes y los bosques (HOM. *Il.* XIII 17-19). La epifanía de Hércules, tras ser invocado por Anfitríón para que regrese de los infiernos y libere a Tebas de la tiranía de Lico, fue acompañada, según Séneca, por un terremoto provocado por sus pasos (SEN. *Herc. F.* 516-523). La llegada de Aquiles a la superficie de la tierra evocado por Apolonio de Tiana, coincidió, según Filóstrato, con un temblor de tierra en derredor del túmulo del héroe, de donde surgió un joven de cinco codos de alto (PHILOSTR. *VA.* IV 16). Virgilio señala que tras la destrucción de Troya y coincidiendo con la positiva respuesta de Apolo a la consulta de los descendientes de Dárdano, se produjo un terremoto que hizo temblar todo el templo (VERG. *Aen.* III 90-93). Como explica Servio, la llegada del dios movió el templo (SERV. *Ad Aen.* III 91).

Cuenta Ovidio que la epifanía de Esculapio para abandonar Epidauro y trasladarse a Roma se manifestó en un movimiento de tierra. Tras el terremoto, el dios abandonó su templo y embarcó en la nave de los descendientes de Eneas (Ov. *Met.* XV 669-680). La de Marte viene acompañada en la *Tebaida* de Estacio por fenómenos propios de un terremoto (STAT. *Theb.* VII 64-69). Como ya hemos señalado anteriormente, Pausanias (X 23, 1-2) y Heródoto (VIII 64) recuerdan que en las victorias frente a celtas y persas, los griegos fueron ayudados por toda una serie de héroes locales presentes en la batalla tras sendos terremotos.

En el Antiguo Testamento encontramos numerosos testimonios en los que la presencia de Yavé ante los hombres coincide con movimientos de tierra (VULG. *Exod.* 19, 18; *Psalm.* 68, 9; *Mich.* I 2-4, *Hab.* 3, 6-10; etc.). Y no podemos finalizar esta relación sin mencionar que según Tertuliano cuando Jesucristo volvió entre los hombres, la tierra tembló y se corrió la piedra que impedía la entrada al sepulcro (TERT. *Apol.* XXI 21). También cuando regrese vendrá acompañado de un terremoto universal (TERT. *Apol.* XXIII 12).

Golpear la tierra

Como ha señalado Ch. Picard en su estudio sobre el gesto de la '*prière funéraire*', en la antigüedad podemos distinguir dos formas de invocar a los dioses

¹⁸ A. HERMANN, *Erdbeben*, *RAC*, V, cols. 1085-1093.

según nos dirigiéramos a dioses celestes o subterráneos, uranios o ctónicos. En el caso de los celestes la persona dirigía las dos manos o solamente la derecha hacia el cielo, especialmente en dirección al sol. Por el contrario, en el caso de las invocaciones a los dioses ctónicos, las manos eran orientadas hacia la tierra¹⁹.

Así, antes de precipitarse voluntariamente con su caballo al socavón aparecido en el Foro, el cónsul Marco Curcio fijó la vista en los templos de los dioses inmortales y tendiendo las manos en dirección ya al cielo ya a la sima abierta en tierra hacia los dioses manes, se ofreció a sí mismo en sacrificio: *Et manus nunc in caelum, nunc in patentes terrae hiatus ad deos manes porrigentem se deuovisse* (LIV. VII 6, 4-5).

La acción de dirigir las dos manos o solamente la derecha hacia la tierra, orientando igualmente las palmas de las manos hacia ésta, es valorada por Picard como un '*résidu d'action*'²⁰ de un rito más amplio (o más arcaico), que exigiría la imposición de las manos sobre la tierra, es decir, el contacto directo con ésta para invocar a los dioses que en ella habitan. Algunos testimonios literarios nos permiten imaginar tal acción: Cuando el Sueño pide a Hera que jure por el agua de la Estige la promesa que le ha hecho, éste dirige su imprecación a la diosa, pidiéndole que coja con una mano la tierra y con otra el agua del mar²¹, de forma que fueran testigos todos los dioses que rodean a Cronos en el mundo inferior (HOM. II. XIV 271-274).

Pero esta invocación a los dioses infernales caracterizada por la imposición o el contacto de ambas manos o de la mano derecha con el suelo puede presentar diversas variaciones. En efecto, como ya señaló Picard y ha vuelto a desarrollar Cl. Bérard en su estudio sobre los *anodoi*²², también es frecuente que la invocación a los dioses ctónicos se realice golpeando el suelo bien con la palma de la mano abierta, bien con los pies, bien con algún objeto. Un gesto presente en numerosos vasos griegos en los que la llegada a la superficie de la tierra de la divinidad (el *anodos* divino) es acompañada por un cortejo de sátiros u otros seres golpeando el suelo con diferentes objetos²³.

¹⁹ CH. PICARD, *Le geste de la prière funéraire en Grèce et en Étrurie*, «Revue de l'Histoire des Religions», 114, 1936, pp. 137-157, p. 138. Aunque señala que p. 142 'il reste vrai que la prière à mains levées a été la plus officielle, pourrait-on dire, l'autre ayant attiré moins publiquement l'attention, à cause de son caractère secret, tantôt redoutable, tantôt maléfique'.

²⁰ CH. PICARD, *Le geste de la prière funéraire*, cit., p. 142.

²¹ Sobre el carácter ctónico de los ríos y del mar, vid. H. USENER, *Die Sintfluthsagen*, Bonn 1899, pp. 214-216; J. CARCOPINO, *La basilique Pythagoricienne de la Porte Majeure*, Paris 1926, p. 373ss; J. BAYET, *Hercules funéraire*, «Mélanges de l'École française de Rome-Antiquité» (MEFRA), 40, 1923, pp. 18-102, esp. p. 81ss; J. LE GALL, *Recherches sur le culte du Tibre*, Paris 1953, p. 95.

²² CL. BÉRARD, *ANODOI. Essai sur l'imagerie des passages chthoniens*, Institut suisse de Rome, 1974, pp. 75-87.

²³ CH. PICARD, *Le geste de la prière funéraire*, cit., p. 147ss; CL. BÉRARD, *ANODOI*, cit., p. 79 ss.

Los autores clásicos también nos proporcionan testimonios de este popular rito de invocación de los dioses infernales. Homero afirma que para solicitarles la muerte de su hijo Meleagro, Altea lanzaba imprecaciones a los dioses e invocaba a Hades y Perséfone golpeando la tierra con ambas manos (HOM. *Il.* IX 566-571). Un episodio recordado por Servio en su comentario a la *Eneida* al afirmar: *manibus supinis iuxta rationem: nam inferos demissis ad terram manibus inuocamus: ut Homerus inducit Althaeam, matrem Meleagri, manibus in longum porrectis, ut ipse alibi passis de litore palmis: caelestes leuatis ad caelum, ut modo, et alibi duplices tendens ad sidera palmas* (SERV. *Ad. Aen.* IV 205).

El *Himno a Apolo* describe la invocación de la encolerizada Hera a Gaia y a sus hijos los Gigantes, señalando que antes y después de la petición, la engañada esposa de Zeus golpeaba el suelo con la palma de la mano. Un gesto que fue acompañado por un terremoto (*h. Ap.* 333-341). Significativamente los Gigantes fueron también asociados desde la Antigüedad a los movimientos sísmicos²⁴.

Un fragmento de las *Disputationes Tusculanas* de Cicerón vuelve a referir dicho procedimiento. Señala nuestro autor que el filósofo Dionisio de Heraclea, después de haber aprendido de Zenón a ser un hombre fuerte, olvidó la lección a causa del dolor. Por ello, un día en el que como consecuencia de un dolor de riñones, Dionisio se lamentaba de que eran falsas las teorías sobre el dolor en las que él mismo había creído antes, renegando así de sus años de estudio, su discípulo Cleantes, al tiempo que golpeaba la tierra con su pie invocando al fallecido maestro Zenón, recitaba con ironía un verso de los Epígonos en el que se invocaba a Anfiarao, uno de los siete héroes argivos muerto en la expedición contra Tebas (CIC. *Tusc.* II 60).

Un gesto, el de golpear el suelo invocando a las potencias ctónicas, que evoca inmediatamente la clásica imagen de la mujer que, rota por el dolor ante la pérdida de un ser querido, golpea con las palmas de las manos el suelo sobre el que se ha arrodillado²⁵, bien para invocar a aquel que ya habita entre los dioses manes, bien para pedir ayuda o explicaciones a los dioses ctónicos.

Significativamente Poseidón, divinidad a la que la tradición griega suele atribuir los movimientos sísmicos²⁶, recibe el epíteto de ἐνοσίχθων o ἐννοσίγαιος, que

²⁴ F. VIAN, *La guerre des géants devant les penseurs de l'Antiquité*, «Revue des Études Latines», 69, 1952, pp. 1-39; E. GUIDOBONI, *Il terremoto rappresentato*, cit., pp. 335-344.

²⁵ 'La 'prière aux mains basses', en posture agenouillée, est donc de règle pour communiquer avec les dieux infernaux', CH. PICARD, *Le geste de la prière funéraire*, cit., p. 94 y 141; CL. BÉRARD, *AODOI*, cit., p. 80. La profesora María Paz García-Gelabert Pérez me informa que aún hoy en algunos lugares de Castilla sigue repitiéndose este gesto en señal de dolor por la muerte de alguien familiar querido.

²⁶ Si bien en el caso de Grecia los terremotos se atribuyen a Poseidón, en Roma no se asocian con una divinidad concreta, siendo muy diversa su paternidad, *vid.* Gell. *NA.* II. 28. G. H. Waldherr, *Erdbeben. Das aussergewöhnliche Normale. Zur Rezeption seismischer Aktivitäten in literarischen Quellen vom 4. Jahrhundert v. Chr. bis zum 4. Jahrhundert n. Chr.*, Geographica Historica 9, Stuttgart

podemos traducir por ‘el que mueve la tierra’, ‘el que bate la tierra’, ‘el sacudidor de la tierra’. Su relación con los movimientos de tierra, o más concretamente con la acción de golpear la tierra, vuelve a estar presente en la actividad de la que se considera inventor y protector, las carreras ecuestres²⁷. Al galopar, el pataleo de los corceles sobre la tierra, recuerda el sonido y las vibraciones provocadas por un terremoto. No menos interesante resulta la tradicional comparación del sonido emitido por los terremotos con el mugido de un toro, atributo tradicional junto al caballo de Poseidón, un dios ctónico²⁸.

Inter haec tria genera terrae motuum mycematae sonitu audiuntur minaci cum dissolutis elementa conpagibus ultro adsiliunt vel relabuntur concidentibus terris. tunc enim necesse est velut taurinis reboare mugitibus fragores fremitusque terrenos (AMM. MARC. XVII 7, 14)²⁹.

La popular similitud entre las oscilaciones provocadas al golpear la tierra y los seísmos, los testimonios antes señalados que asocian los terremotos con la llegada de un dios, así como el epíteto ἐνοσίχθων, con el que se conoce al dios griego tradicionalmente asociado a este fenómeno natural, nos permite suponer que la población griega y romana debió identificar los movimientos de tierra con el rito de invocación de las divinidades infernales. Entre ambas situaciones sólo existirían diferencias de intensidad y de iniciativa. Al golpear la tierra son los hombres los que solicitan la presencia de los dioses infernales; en el caso de los terremotos son los dioses los que expresan su voluntad de presentarse ante ellos.

De todo lo antes dicho podemos concluir afirmando que las sociedades antiguas valoraron los terremotos como el resultado del traslado de una potencia divina desde el mundo inferior a la superficie de la tierra.

Significativamente, algunas interpretaciones científico-naturalistas que trataban de explicar los fenómenos telúricos recurriendo a causas naturales sin la intervención divina presentan argumentos explicativos afines en cierto grado

1997 en concreto, pp. 221-239: ‘Erdbeben als kommunikationsmittel zwischen Göttern und Menschen in der griechisch-römischen Antike’. Sobre la estrecha relación de Marte con los terremotos, A. Palumbo, *L'oscillazione delle lance di Marte: metafora o ridimentale rilevatore de scosse?*, en *I terremoti prima del Mille*, cit., pp. 122-123. Para Tellus o Ceres, H. Le Bonniec, *Le culte de Cérès a Rome*, cit., pp. 88-91.

²⁷ Pindaro, *Pit.* VI, 50.

²⁸ F. Durrbach, *Neptunus*, *DS*, IV, 1910, pp. 59-72; E. Wüst, *Poseidon*, *PW*, XXII, 1, 1953, coll. 446-557, esp. 480-481; E. H. Meyer, *Poseidon*, *Lexicon der griechischen und römischen Mythologie*, III, 2, 1902-1909, coll. 2788-2854, esp. 2813-2816; E. Simon, *Poseidon*, *LIMCI*, VII, 1994, pp. 446-479; F. Schachermeyr, *Poseidon und die Entstehung des griechischen Götterglaubens*, München 1950.

²⁹ Un sonido también señalado por Virgilio (*Aen.* III 92) y Séneca (*QN.* VI 13, 5; *Herc. F.* 521).

a los aquí planteados. En efecto, para numerosos eruditos grecorromanos los terremotos eran fenómenos meteorológicos causados por las masas de aire que encierra la tierra, tanto en su movimiento interno como en su entrada o salida de la tierra.

Siguiendo el estudio de Cristobal Macías sobre los terremotos a la luz de la ciencia antigua³⁰, numerosas teorías estimaban al aire como la causa de este fenómeno natural. Así, Anaxágoras considera que el origen de los terremotos estaría en el aire seco que contenido en las partes bajas y huecas de la tierra, tiene tendencia a elevarse y a mover a ésta, al quedar la parte alta de la tierra apelmazada por la lluvia (ARIST. *Mete.* II 7 (365a.19-23)). Según Aristóteles, aunque la tierra es seca de por sí, gracias a la lluvia contiene mucha humedad; de esta forma, cuando es calentada por el sol y por el fuego que contiene en su interior, se genera una gran cantidad de viento que unas veces sopla hacia fuera, otras hacia dentro y en otros casos una parte sopla hacia fuera y otra hacia dentro (ARIST. *Mete.* II 8 (365b.29-366a.5)). Arquelaos, citado por Séneca, afirma que los terremotos se producen cuando el viento acumulado en el interior de la tierra llena el espacio y se condensa hasta el límite y, al ser empujado por nuevas masas de aire, intenta encontrar una salida, momento en el que golpea la tierra y la conmueve (SEN. *Nat.* VI 12, 1-2).

Plinio considera igualmente al viento la causa de los terremotos, cuando su sopro queda encerrado en las venas y en las cavernas ocultas de la tierra y se esfuerza por salir hacia la libertad (PLIN. *HN.* II. 192). Y Séneca dice que cuando el aire penetra y llena una vasta cavidad de la tierra, comienza a agitarse y a buscar salida, hiriendo repetidas veces las paredes que lo encierran y sobre las que a veces tienen su asiento las ciudades. Las sacudidas suelen a veces ser tales que se derrumban los edificios; otras veces, más violentas aún, hacen caer las mismas paredes que sostienen la inmensa bóveda y sepultan ciudades enteras en profundos abismos (SEN. *Nat.* VI 25, 1).

Temor a la ausencia divina

Volviendo a la óptica mágico-religiosa, la salida de la potencia divina desde su morada en el interior de la tierra a la superficie – circunstancia que causa el terremoto –, puede provocar diferentes efectos. Una vez en la superficie de la tierra, los dioses pueden ayudar o castigar a su comunidad, de ahí los aparentemente contradictorios testimonios arriba expuestos.

Pero a pesar del carácter ambivalente de los terremotos – de la epifanía de los dioses –, este fenómeno natural siempre fue valorado por las sociedades antiguas

³⁰ C. MACÍAS VILLALOBOS, *Los terremotos*, cit., pp. 37-67.

como un fenómeno especialmente alarmante y crítico, dado que existía la posibilidad de que esa salida puntual de la divinidad pudiera convertirse en permanente, expresando así la intención divina de abandonar definitivamente su morada y con ello a la comunidad que hasta ahora protegía. Una circunstancia especialmente dramática en la antigüedad.

Si bien para un hombre del siglo XXI resulta difícil entender la importancia de la presencia divina y de su providencia, para las sociedades antiguas disfrutar de la protección divina es el mayor don que podían obtener. Gracias a ella el hombre vivirá seguro y feliz, él y su familia gozarán de salud y riqueza, sus acciones se verán favorecidas con el éxito, y su descendencia será numerosa. A este respecto, resulta especialmente ilustrativo el salmo dedicado a la *providencia de Dios sobre el justo* del Antiguo Testamento:

*Qui habitat in adiutorio Altissimi,
In protectione Dei caeli commorabitur.
Dicit Domino: Susceptor meus es tu et refugium meum;
Deus meus, sperabo in eum.
Quoniam ipse liberauit me de laqueo uenantium,
Et a uerbo aspero.
Scapulis suis obumbrabit tibi,
Et sub pennis eius sperabis.
Scuto circumdabit te ueritas eius;
Non timebis a timore nocturno;
A sagitta uolante in die,
A negotio perambulante in tenebris,
Ab incursu, et daemónio meridiano.
Cadent a latere tuo mille, et decem millia a dextris tuis;
Ad te autem non appropinquabit.
Verumtamen oculis tuis considerabis
Et retributionem peccatorum uidebis.
Quoniam tu es, Domine, spes mea;
Altissimum posuisti refugium tuum.
Non accedet ad te malum,
Et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo
Quoniam angelis suis mandauit de te,
Ut custodiant te in omnibus uis tuis.
In manibus portabunt te,
Ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.
Super aspidem et basiliscum ambulabis,
Et conculcabis leonem et draconem.
Quoniam in me sperauit, liberabo eum;
Protegam eum, quoniam cognouit nomen meum.
Clamabit ad me, et ego exaudiam eum;
Cum ipso sum in tribulatione;*

*Eripiam eum, et glorificabo eum.
Longitudine dierum replebo eum,
Et ostendam illi salutare meum* (VULG. *Psalm.* 91).

La pérdida de esa providencia deja al hombre indefenso ante un mundo salvaje y cruel, totalmente incivilizado, donde están presentes todas las desgracias posibles: la enfermedad, la esterilidad, la sequía, la derrota, el incendio, la envidia, la muerte, etc. De ahí que las comunidades antiguas se esforzaran por retener a sus dioses protectores, evitando así que su salida de la ciudad los dejara indefensos. Una angustiada posibilidad que llevaba a numerosas comunidades incluso a practicar el riguroso expediente del encadenamiento de las estatuas de los dioses³¹, pensando que con ello se fijaba definitivamente la divinidad al lugar, garantizando así de manera permanente la protección divina.

Sin embargo y a pesar de estas precauciones, numerosos indicios revelan a los hombres que los dioses los han abandonado. Como ya he señalado en mi trabajo sobre los *omina mortis*³², fenómenos como la apertura espontánea de puertas, un oscurecimiento repentino, la presencia de lobos en la ciudad, los errores rituales, las caídas, la alteración del orden normal de las cosas tanto en la tierra cómo en el firmamento, etc., expresan esa terrible posibilidad. Entre ellos los terremotos, o lo que es lo mismo, la salida de los dioses desde sus moradas infernales puede ser valorado en numerosos casos como una señal de dicho abandono.

Se entiende así que aunque un terremoto no tenga consecuencias directas en la vida y propiedades de una comunidad, sea en múltiples casos valorado como un anuncio de futuras desgracias. Algo evidente cuando los dioses se han marchado del lugar, los han dejado de proteger temporal o definitivamente.

Señala Heródoto que con el primer terremoto que sacudió la isla de Delos, la divinidad presagiaba a los hombres las calamidades que iban a tener lugar (HDT. VI 98, 1-2), anunciando así los desastres que padecieron las ciudades griegas durante las Guerras Médicas y la Guerra del Peloponeso. El mismo fenómeno es mencionado por Tucídides como anuncio del dramático enfrentamiento entre griegos (TH. II 8, 3). Plinio afirma que nunca tembló la ciudad de Roma sin que eso fuera el anuncio de algún futuro percance (PLIN. *HN.* II 200). Cicerón incluye los terremotos entre los portentos que anunciaban al pueblo romano grandes gue-

³¹ CH. CLERC, *Les théories relatives au culte des images chez les auteurs grecs du II^e siècle après J.C.*, Paris 1915, pp. 29 s.; N. ICARD-GIANOLIO, *Statues enchainées, ThesCRA (Thesaurus Cultus et Rituum Antiquorum)*, II, 2004, pp. 468-471. *Vid.* PAUS. 3. 15. 7; 3. 15. 10-11; 3. 16. 11; 10. 38. 5; *Schol.* PIND. *Ol.* 7, 95 = *FHG* III, 146, 90; PS.-KODINOS, *PG* 157, 492 n° 35; DIOD. 17. 41. 7-8; PLUT. *Alex.* 24. 6-7; PLUT. *Quaest. Rom.* 61 (279a), etc.

³² M. REQUENA, *Omina mortis-Presagios de muerte. Cuando los dioses abandonan al emperador romano*, Madrid 2014.

rras y perniciosas disensiones (CIC. *Div.* I 97). Y en general, los autores clásicos suelen incluir los movimientos de tierra en la descripción de penalidades sufridas por el pueblo romano en diferentes momentos de su historia (LIV. XXII 5, 8; SIL. ITAL. V 611-613; TAC. *Ann.* XII 43, 1; CIC. *Catil.* III 8, 18; D.C. XXXVII, 25, 2; LIX, 20, 1; XLII, 36, 3; XLV, 17, 2; APPIAN. I 83; PETRON. 122; etc.). En estos casos el terremoto expresaba la salida y marcha de la divinidad, circunstancia que dejaba a su comunidad sin la necesaria protección.

Es sin lugar a dudas la derrota en la guerra el episodio que mejor expresa para las sociedades antiguas la pérdida de la protección divina. Vemos así como durante uno de los más sangrientos descalabros sufrido por Roma en su historia, el del lago Trasimeno (217 a.C.), se produjo un seísmo que destruyó buena parte de muchas ciudades de Italia, desvió de su curso impetuosas corrientes, empujó el mar hacia los ríos y destruyó montañas con enormes desprendimientos (LIV. XXII 5, 8). El terremoto pudo ser interpretado como la salida de los dioses de sus moradas, abandonando a los romanos a su suerte. La misma relación entre terremotos y abandono divino encontramos en la lamentación por la derrota de Israel ante los filisteos del Antiguo Testamento (VULG. *Psalm.* 60, 3-6).

Pero esa pérdida de la protección divina por parte de una comunidad puede favorecer a aquella que consigue incorporarla a su panteón. Se trata de un expediente, la *evocatio*, muy bien estudiado por V. Basanoff³³, y que en mi opinión podemos rastrear en el siguiente episodio.

Cuenta Floro que durante la guerra de los romanos contra los habitantes de Piceno (268 a.C.) se produjo un terremoto en medio de la batalla, y que el cónsul Publio Sempronio Sofo consiguió aplacar a la diosa Tierra con la promesa de un templo en Roma: *qui tremente inter proelium campo Tellurem deam promissa aede placavit* (FLOR. *Epit.* I 14. 2).

El abandono divino, normalmente causado por alguna transgresión ritual o religiosa de las comunidades que hasta ese momento gozaban de su protección, también se produce cuando éstas son cómplices de la muerte de una persona querida por los dioses. Cuenta el *Evangelio de San Mateo* que tras la crucifixión de Jesús, desde la hora sexta hasta la nona se oscureció toda la tierra. Hacia la hora nona, gritó Jesús con fuerza: ‘*Eli, Eli, ¿lema sabajtani?*’ (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?). A lo que algunos al oírle, decían: ‘*¿Este llama a Elías!*’ Entonces, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, la empapó en vinagre, la puso en una caña, y le dió de beber. Pero los otros decían: ‘*¿Deja! A ver si viene Elías a salvarlo.*’ Y Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló su espíritu. En ese momento el velo del Templo se rasgó en dos partes de arriba abajo; la tierra tembló, y las piedras se resquebrajaron (VULG. *Matth.* 27, 45-51).

³³ V. BASANOFF, *Evocatio. Étude d'un rituel militaire romain*, Paris 1947.

No sólo las palabras de Cristo son significativas en este pasaje, también la ruptura en dos del velo que cierra el *Sancta Sanctorum* de los hebreos, muestran que la divinidad que allí habitaba ha abandonado el lugar desprotegiendo al pueblo que ha matado a su hijo. El terremoto simultáneo no es más que el resultado de esa salida.

El asesinato de Julio César, personaje valorado por la sociedad romana como un protector de Roma, fue juzgado como un impío asesinato que dejaba a la ciudad huérfana de protección divina. De ahí que su muerte fuera acompañada por toda una serie de alarmantes prodigios entre los que no faltaron los movimientos de tierra (*OV. Met. XV 783-798*). También la desaparición del emperador Juliano (363 d.C.), descrita en tonos apocalípticos por Libanio en su *Discurso fúnebre por Juliano*, vino acompañada por terribles movimientos sísmicos (*LIB. Disc. XVIII 291-293*).

Conclusiones

Resulta bastante frecuente en la evolución histórica de numerosas cuestiones que la parte eclipse al todo, es decir, que un aspecto particular o secundario de una institución, personalidad o fenómeno evolucione hasta convertirse en el foco de interés del mismo, desplazando la naturaleza o aspecto originario a un segundo plano, un proceso que, como hemos podido apreciar en las páginas anteriores, puede aplicarse sin titubeos a la valoración de los terremotos desde la Antigüedad a nuestros días.

La inmensa potencia que desarrolla un movimiento sísmico, infinitamente superior a cualquier otro fenómeno natural, así como las características de los no menos extraordinarios incidentes que suelen acompañar al temblor de tierra, tales como maremotos, erupciones volcánicas, grietas en la tierra, desprendimientos, desbordamientos de ríos, crujidos, etc., fueron interpretados por las sociedades antiguas como la prueba más evidente de la llegada a la superficie de la tierra o del mar de una divinidad. Los seísmos, desde los primeros tiempos de la humanidad, fueron valorados como la consecuencia inmediata de una teofanía.

Una vez en la superficie de la tierra, la divinidad podía manifestar su deseo o voluntad de proteger a su comunidad ante un peligro concreto que la pudiera amenazar, de castigarla por cualquier transgresión ritual o religiosa, o, simplemente, de abandonarla, temor atávico de todas las sociedades antiguas en tanto que sin la ausencia de protección divina sólo podía acarrear terribles consecuencias.

Esta riqueza exegética de los terremotos en la Antigüedad, que permite entender la tan distinta valoración sobre su origen y consecuencias que de los mismos transmiten los autores grecorromanos, se verá indefectiblemente reducida

cuando, a partir de la Edad Media, los autores cristianos comienzan a priorizar en sus escritos la idea de ira divina, que de ser, simplemente, una de las posibles consecuencias de esa manifestación divina, se erige en prácticamente la única explicación que cabía aplicar a unos movimientos telúricos que verán así anulada su primitiva naturaleza.

